

José Carlos Rodrigo Breto

Michel Houellebecq

La corrosión de lo humano

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2025

© José Carlos Rodrigo Breto, 2025

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2025**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-129747-3-7

Depósito legal: B 17749-2025

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

© Elsa Suárez Girard, de las imágenes págs., 31, 34, 40, 57, 61, 67,
111, 266, 365

Impresión y encuadernación: Ulzama Digital

Polígono Industrial Areta, calle 33 - 31620 Huarte

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Prefacio o epitafio	13
Parte 1. De la utopía a la distopía humana	
<i>Ampliación del campo de batalla: el observador entomológico</i>	29
<i>Las partículas elementales: la solución de los clones</i>	69
Parte 2. La deriva de los continentes humanos	
<i>Lanzarote: ensayo general de una isla</i>	115
<i>Plataforma: Occidente en quiebra</i>	127
<i>La posibilidad de una isla: la tristeza de los clones</i>	153
Parte 3. Trilogía de la cancelación	
<i>El mapa y el territorio: muerte y renacimiento de Michel Houellebecq</i>	171
<i>Sumisión: la distopía religiosa</i>	227
<i>Serotonina: triste, solitario y lo humano como final</i>	261
Parte 4. Hacia una nueva <i>Comedia humana</i>	
<i>Aniquilación: epílogo soleado o, bueno, tal vez algo nublado</i>	311

*Para Gema, por su amor,
para Maribel, por su apoyo,
para Laura, por su generosidad.*

La literatura es siempre una expedición a la verdad.

FRANZ KAFKA

Prefacio o epitafio

Cada ser es un himno destruido.

EMIL CIORAN

Un padre vende a su bebé de 11 meses por 900 euros a través de Facebook para usar el dinero en apuestas

Una madre vende a sus dos hijos para comprarse ropa: la impactante historia que ha conmocionado a medio planeta

La mujer de 26 años, vendió a sus dos hijos por 5.000 euros cada uno. La madre ha sido condenada a cinco años de prisión por fraude y tráfico de menores.

Antes del año 1300 ocurrieron muchos sucesos, accidentes, incidentes, momentos históricos, llamémoslos como se quiera, yo seré prosaico: antes del año 1300 ocurrieron cosas en el mundo, pero, tal y como dijo Rhett Butler en *Lo que el viento se llevó*, me importan un bledo. Sí, me importan bien poco. Y como escribo este texto desde la huerta murciana añadiré que me importa un pimiento todo lo anterior a 1300.

El motivo de mi imprudente desprecio histórico se debe a que entre 1300 y 1321 la literatura nos brindó la mayor

erupción lírica, épica, narrativa y humana de su historia. Lo hizo por mano de un tipo de nariz aguileña, mal encarado, es cierto, tal vez con ciertos problemas digestivos, hiperclorhídrico, ¿por qué no?; su aspecto en los retratos y cuadros es macilento. Vemos el retrato llevado a cabo por Botticelli: el personaje no parece ser el creador del amor moderno, sino un hombre atormentado por las malas digestiones.



Lo mismo nos ocurre en la composición de Domenico di Michelino, o en la de Rafael, no hay imagen del poeta en que no se asome con esa caída de ojos, con ese gesto fruncido, con ese rictus de persona amargada por el azote de la acidez estomacal. O por una buena úlcera.



Pero lo que ocurre a partir de 1300 me interesa mucho, y no porque un señor con problemas digestivos (tal vez debamos añadir el meteorismo al repertorio intestinal, ¿por qué no?, todas las tripas llenas de polenta) sea el autor de una de las obras más complejas, fascinantes e imperecederas de la literatura, sino porque esa obra me parece la primera clave a la hora de abordar un libro que busca profundizar en la narrativa del escritor francés Michel Houellebecq (de quien no dudo que algunas torturas estomacales también debe compartir con Dante, a tenor de su dieta de vino y embutidos, según nos explica en su novela *El mapa y el territorio*). El verdadero motivo de mi interés por lo ocurrido entre 1300 y 1321 se encuentra en una palabra que apareció algo más arriba: la palabra *humana*.

La *Comedia* de Dante es *divina*, pero en realidad es una comedia humana. Boccaccio acertó de pleno bautizándola como *divina*, sin duda, pero desde la perspectiva del si-

glo XXI la contemplamos con la desesperación de quienes sabemos que ya hemos perdido todo lo que ese texto nos prometía. Es una comedia humana, conmovedora y humana, porque funciona como un espejo en el que nos reflejamos. Todos somos Dante y todos somos Virgilio, todos sufrimos en el Infierno o peregrinamos por el Purgatorio, incluso nos vemos en los ojos de Beatriz. Somos humanos, y quienes aparecen en la *Comedia* son tan humanos como nosotros; por ello, la *Comedia* inaugura una era moderna donde la edad antigua y la nueva se fusionan gracias a una idea magistral que desde entonces moverá el mundo: la búsqueda de la unión espiritual con la divinidad también puede lograrse de la mano de lo artístico. Por tanto, Dante es el inventor de una nueva sensibilidad que es una nueva humanidad, porque descubre un resorte crucial: lo humano se puede elevar y trascender para alcanzar a Dios.

Es un cambio de ideas radical, un volteo de las estructuras mentales: la *Comedia* marca el paso de la oscuridad medieval a la luz del Renacimiento al señalar que lo sublime del arte puede encumbrar el alma humana. No más pantocrátor enjaulado entre sus cadenas almendradas. Es la hora del músculo, del tendón, del rompimiento de gloria.

Leonardo, Miguel Ángel, Botticelli, todos ellos, inspirados por la *Comedia*, se ponen manos a la obra. Cuando Dante escribe su *Comedia* falta casi un siglo y medio para que llegue el Renacimiento, pero, sin lugar a dudas, Dante abre las puertas que llevarán a ese periodo. Es el san Pedro de lo humano, el poseedor de sus llaves.

En el corazón de la *Comedia* se encuentra el germen, el cogollo de la explosión posterior: la idea de que el ser hu-

mano pueda ser capaz de contemplar la cara de Dios, de mirarlo y saber que la divinidad se alberga dentro de nosotros, que somos seres divinos; es decir, Dante plantea un ser humano en todo su potencial. Si sabe canalizar ese potencial podrá avanzar y alcanzar el Paraíso por el camino del bien. La humanidad, para Dante, en la *Comedia*, y a pesar del recital de castigos, tormentos, crímenes e infamias que aparecen, en especial en sus dos primeras partes, la humanidad, digo, es la promesa de todo aquello que puede ser: el ser humano es entonces una utopía monumental.

El ser humano como utopía, como todo lo que promete y puede conseguir, un espíritu elevado, el ser humano como un mecanismo para canalizar, encauzar y realizar el bien, para producir bondad, crear belleza, un ser empático; en una palabra, el ser humano como utopía humana. Y alcanza su mayor altura en ese Renacimiento. Y desde allí, después, todo será caída.

Llega el desplome. No puedo ubicarlo en un momento y en un lugar exactos, eso sería una tontería, el hundimiento de lo humano es más bien un prolongado trabajo de zapa que deteriora la idea utópica de humanidad. Todo lo bueno que prometíamos ser, que queríamos ser, que deseábamos ser, se agota, se nos agota, se agosta, se colapsa. Se derrumba. Quedan voces que avisan, que intentan mantener el fuego de la antorcha con la lucidez de sus pensamientos: Nebrija, Erasmo, Montaigne, Montesquieu, pero el ser humano se apaga.

El tránsito humano por varios siglos nos deja a las puertas del XX, el maldito siglo XX que acabará con las esperanzas de supervivencia, el siglo que liquida por completo

la idea de ser humano, que destroza al ser humano como utopía. Dos guerras mundiales con un tremendo periodo de entreguerras, algunas guerras civiles, el fascismo, el nazismo y el comunismo, el estalinismo se encargan de recordarnos nuestro más completo fracaso. Ya sólo somos aquello que pudimos ser y no fuimos. Ahora somos el no ser, la distopía de todo lo utópicamente humano.



Se acabó lo que se daba (o el fin del mundo a plazos)

En la primera mitad del siglo XX se produce lo que denominamos, o concretamente lo denomina así el escritor austriaco Stefan Zweig, la destrucción de la idea de la seguridad, la llegada de una época en la que el ser humano no se siente ya a salvo de ninguna de las maneras. Si el mundo de ayer era un lugar seguro, el mundo de hoy es un sitio muy peligroso. La sensación de inseguridad es inherente a la modernidad. Se nos apodera un miedo pavoroso y no somos capaces de encontrarnos resguardados ni en el seno de nuestro principal refugio: el hogar. Cualquier amenaza externa puede alcanzarnos, cualquier desastre afectarnos cuando menos lo esperemos.

En principio, esa maldita transición de un mundo seguro a un mundo inseguro, del mundo de ayer al mundo de hoy, vino de la mano de la quiebra que significó la Gran Guerra, es decir, la Primera Guerra Mundial, y la composición geopolítica de entreguerras, la consecuencia del conflicto que alimentó, durante veintiún años, la posibilidad del siguiente estallido: la letal Segunda Guerra Mundial. El resultado nos arrojó a un mundo que ya nunca sería el mismo de antes porque fue allí donde dejamos de ser humanos para no volver a serlo jamás.

Porque hay que entender las dos guerras mundiales del siglo XX tal vez como una sola contienda separada por esos años de tregua, pero en donde la batalla política, diplomática, económica, social, continuó con encono: sólo era necesario retomar las armas de nuevo. Y se retomaron.

La idea del mundo perdido, mundo extraviado y que jamás regresará, la encontramos en *El mundo de ayer*, ensayo biográfico escrito por Stefan Zweig. Con la Primera Guerra Mundial se liquidó el Imperio austrohúngaro. El Antiguo Régimen, el sistema de los Imperios Centrales que entró en crisis, se caracterizaba por proporcionar al ciudadano una sólida idea de seguridad. Como el traje de un buen sastre, la idea de seguridad le sentaba de maravilla a un habitante del Imperio austrohúngaro, que vivía en la certeza de *Calculandia*, tranquilo, conocedor de los años de trabajo que le faltaban, el dinero que ganaría durante esos años, el montante y la fecha de su jubilación, incluso el volumen de sus ahorros... Era un traje cómodo, todoterreno, servía para cualquier ocasión. En *Calculandia* todo quedaba computado, porque como alguien dijo una vez: el Imperio austrohúngaro fue el mayor sistema de pesos y medidas del mundo, la exactitud milimétrica y estatalizada. La precisión matemática se acompañaba de la estabilidad, y la estabilidad era muy buena amiga de la seguridad. En *Calculandia* todo parecía catalogado, registrado, archivado, para tranquilidad de todos. Un cómodo traje de paseo. Pero eso iba a cambiar. Del traje a la mortaja.

De forma que, llegada la Gran Guerra, *Calculandia* se derrumbó; de repente, desapareció la vieja era, así, ¡zas!, como quien se arranca una tirita y sólo queda la cicatriz de bordes enrojecidos. Los paseantes de esa Europa central se quedaron perplejos, ya no podían dar sus caminatas vespertinas, leer la prensa internacional al abrigo de un belvedere, mirar el horizonte y contemplar el vuelo de los pajaritos de la seguridad. Incomprensible, pero ahora el traje

era basto, rozaba en el cuello, molestaban las bocaman-gas, calaba la lluvia. *Calculandia* metamorfoseada en un anuncio de seguros de vida. Porque peligraba la vida. El problema radicaba en que los humanos, tan imprudentes, carecían de pólizas que garantizaran la preservación de las ideas de Dante y de Erasmo, unas ideas que se perdían a chorros por una hemorragia cuyo nombre era Marne, Som-me o Verdún.

Luego, llegó un invitado molesto e inoportuno, como casi todos esos invitados que aparecen sin avisar: Hola, buenas, me llamo *periodo de entreguerras*. Él solito se encargó de liquidar cualquier posible esperanza de retorno al mundo seguro de ayer, a la *Calculandia* pasada. Extendió una alfombra roja que no era de terciopelo rojo, que era de sangre, y por ella caminó la Segunda Guerra Mundial con paso firme y dispuesta a ocupar las casas y las vidas de los europeos asustadizos: lo arrasó todo, y la civilización que surgió de ella (y que es la nuestra, la de ahora) ya nada tuvo que ver con la anterior: De *Calculandia* a *Caoslandia*: más indefensa, más desarraigada, completamente perdida la identidad de una Europa fantasma que jamás se recuperó. Todos, ya, rematadamente inhumanos.

La crisis ontológica

Hay que admitirlo: de la mitad del siglo XX salimos como no humanos, sumidos en la crisis ontológica, es decir, en el no reconocimiento del ser humano por el ser humano como consecuencia de la barbarie. La crisis ontológica que

se desarrolla tras la Segunda Guerra Mundial es una conmoción telúrica, terremoto existencial que sume en profundas simas a la filosofía, una agitación destructiva que brota en la sociedad y en el pensamiento occidental a causa del espanto y la catástrofe causados por el conflicto. La idea de «ser» entra en quiebra y afecta a la conciencia de identidad, que se cuestiona y deja en suspenso preguntas sobre quiénes somos, cuál es nuestro propósito en un mundo sin propósito y de qué forma, si es que existe alguna, al menos una, aunque sea sólo una, podemos entender la realidad después de semejante barbarie; preguntas que necesitan ser reformuladas, y no digamos ya sus respuestas, en el caso de que pudiéramos responder. Ese es el problema ontológico: ¿existen ahora, tras el horror, respuestas a esas preguntas?

El asunto radica en que ya no sabemos qué somos, por tanto, es imposible responder cuestiones sobre lo que somos. La Segunda Guerra Mundial, el Holocausto, los bombardeos, las bombas atómicas, la magnitud del sufrimiento humano dejaron a la humanidad hundida en una catástrofe de sentido. No hay sentido posible, al menos un sentido tolerable. El optimismo que nos prometía la modernidad, ese risueño progreso técnico como un emoticono sonriente, y esas luminarias de la razón y la civilización, se tornaron en el emoji de una caca con ojos; fue el gran apagón, motivado por esas mismas tecnologías que llegaron para optimizar la vida humana y resulta que se usaron de forma clave para la masacre.

Al término de la guerra, intelectuales y pensadores (*pensador*, qué interesante término y cuánto se echa de menos)

se asomaron al filoso abismo existencial y sintieron el morisco del frío metafísico en sus circunvalaciones cerebrales: la noticia de primera plana en *La Gaceta del Filósofo*, con letras enormes y signos de admiración, era que ya no podía sostenerse la fe en lo racional ni en la tradición humanista. La crisis se extendió por toda la cultura general, infectó el arte, contaminó la literatura y apestó la vida cotidiana. Sí, nuestra vida cotidiana también enfermó. La crisis ontológica desplegó unas alas negras y aceitosas como de petróleo, que todo lo pringaban, rasgos propios de la nueva corriente de pensamiento pesimista.

El elemento primordial de la crisis es la percepción nítida de una profunda deshumanización: los campos de exterminio y la fabricación en masa de cadáveres (entraba por una puerta un ser humano y se manufacturaba de la forma más eficiente posible para convertirlo en cadáver, es decir, se fabricaba la muerte, la muerte con todo su esfuerzo industrial) nos lleva a discutir la peculiaridad del ser humano. ¿Qué significa ser un ser humano, si es que ahora eso significa algo? ¿Qué valor otorgamos a la vida? ¿Qué significa o qué ha dejado de significar la vida? ¿Qué significa o qué ha dejado de significar la muerte? Vida y muerte se han convertido en términos relativos, porque después de Auschwitz ya no se puede escribir poesía, dijo Adorno, vale, de acuerdo, pero lo que de verdad ya no se puede escribir es la humanidad. Se quedó allí, agarrada, como la carne muy quemada pegada a una parrilla, a las paredes de las cámaras de gas con imprimaciones de azul de Prusia.

La crisis ontológica dinamitó la razón y el progreso, esa razón y ese progreso en cuyas piedras angulares confió la

civilización de siglos. Sin embargo, la primera mitad del siglo XX liquidó a ambos y nos dejó una desconfianza, un recelo, un rechazo ante cualquier atisbo de intelectualismo, de modernidad. En la línea de la evolución del ser humano, que se levanta sobre dos patas y adopta la postura bípeda, se ha producido una involución: ahora, el ser humano se ha sentado en el suelo y sabe que está más solo que la una. Ya no hay nada en lo que confiar, nada en lo que pensar; es otra característica de la crisis ontológica: el vacío existencial se extiende ante la incapacidad absoluta y total de respuesta del desconsuelo humano, lo que desemboca en unas vidas automatizadas, insensibles, secas, reseca y sarmentosas.

Por eso dije antes que se nos enfermó la vida cotidiana, nuestra vida, y que la crisis ontológica no es un asunto de filósofos, intelectuales, pensadores o como se les quiera llamar. Al preguntarnos qué significa ser un humano tras medio siglo de infligir a los demás seres humanos el mayor de los sufrimientos posibles, se produce una respuesta definitiva en cómo las personas nos relacionamos desde entonces con nosotros mismos y, peor todavía, cómo nos relacionamos con los demás.

Llegamos a 1990. Ya hemos visto cómo el ser humano se ha convertido en una distopía, se ha convertido en el fracaso de todo lo que pudo y no quiso ser, y en este punto, en los últimos diez años del siglo, aparece Michel Houellebecq, que toma de la mano a ese despojo humano y pone en pie su literatura: en el francés, la distopía no es un sistema político corrupto, como en *Zamiatin*, *Huxley* u *Orwell*, es el propio ser humano, el ser humano entendido

como una distopía andante. Sólo queda sumergir esa distopía en sus novelas, de una forma paulatina, para transitar con ella en la dirección única e irreparable de lo poshumano.

La corrosión del último resto humano. Esa es la historia que Michel Houellebecq nos cuenta en sus libros.

Maridaje literario 1

Combina esta parte con las siguientes lecturas:

El aciago demiurgo de Emil Cioran.

Lo que el viento se llevó de Margaret Mitchell.

Comedia de Dante.

Utopía de Tomás Moro.

El hombre sin atributos de Robert Musil.

El mundo de ayer de Stefan Zweig.

Nosotros de Yevgueni Zamiatin.

1984 de George Orwell.

Un mundo feliz de Aldous Huxley.